

**Javier Lluch Prats (ed.), *Max Aub - Ignacio Soldevila Durante. Epistolario 1954-1972*
Segorbe, Fundación Max Aub - Biblioteca Valenciana, 2007, 398 páginas.**

No hace mucho, José Carlos Mainer presentaba las cartas cruzadas en el período 1947-1954, entre el entonces joven catedrático de Instituto en la España franquista, José Manuel Blecua, y el ya famoso escritor exiliado en los Estados Unidos, Ramón Sender, apuntando la necesidad de disponer de más ejemplos de la comunicación entre un curioso y por momentos cándido corresponsal del interior, y un escritor exiliado mayor que él, cordial pero no exento de manías. La edición crítica del epistolario entre Max Aub e Ignacio Soldevila Durante, a cargo de Javier Lluch Prats, responde con creces a este menester, ya que ésta es sólo una de las circunstancias en que se desenvolverá el dilatado y fructífero diálogo postal.

Superando el centenar y medio (ciento sesenta y cuatro cartas, más dos telegramas), y desplegándose por casi dos décadas, los documentos editados —de los que se incluyen, en cuatro folios sueltos, sendas reproducciones facsimilares— recogen los avatares de la relación entre dos agentes del campo cultural español cuya dimensión sólo habría de apreciarse cabalmente con la paulatina retirada de la sombra de ignorancia impuesta durante largos años por la dictadura de Francisco Franco. Es precisamente en este punto, tal como señala el editor en su estudio introductorio, donde reside el carácter excepcional de este conjunto de cartas. No es extraordinaria la publicación de epistolarios de escritores en que se revelen su persona y su época; sí lo es el hecho de que la comunicación entablada a través de las misivas tenga como remitentes y destinatarios a un escritor que actualmente ocupa un lugar indiscutido en el canon literario español y a un docente e investigador que se convertirá en su más prestigioso y autorizado especialista.

El lapso en que se extiende el intercambio epistolar hace posible la observación de las diversas circunstancias en que se desarrollan las carreras de uno y otro. De una parte, Ignacio Soldevila inicia el diálogo siendo todavía un estudiante de Filología Románica de la Universidad de Madrid interesado en que su tesina de licenciatura verse sobre el teatro de Max Aub —autor por entonces prácticamente desconocido en la España bajo el régimen franquista, a algunas de cuyas obras tiene acceso el filólogo en ciernes a través de su tío, militar a cargo de la biblioteca confiscada a otro escritor exiliado, Paulino Masip—, y en una de sus últimas cartas comunica al escritor la obtención, por su tesis sobre la obra aubiana, del anhelado *Doctorat ès Lettres* en la Université Laval de Quebec. Las cartas sucesivas dan cuenta de los obstáculos enfrentados en el transcurso de un punto a otro, no sólo en España —como la limitación, impuesta por Joaquín Entrambasaguas, a la mencionada tesina, evidente en el título: *El teatro de Max Aub hasta 1936*— sino también en Canadá —por obra y gracia, entre otros, de su colega, el simpatizante franquista Richard Pattee—, muchas veces rayanos con la más rancia arbitrariedad, como la imposibilidad de inscribir una tesis sobre la obra de un autor vivo. La respuesta de Max Aub lleva su característico tono: “me parece lógico que una Universidad católica sólo quiera tratar con muertos” (carta del 23-V-1957).

De otra parte, al recibir la primera carta de Soldevila, Aub está empezando a entrar en una ascendente curva creativa que desembocará en un período de mayor productividad, iniciado con los sesentas, lo que se hace patente en las numerosísimas referencias a las obras publicadas o inéditas, escritas o por escribir, que pueblan las cartas, algunas de las cuales forman parte del completo índice de obras de Max Aub que cierra el volumen, en el que Javier Lluch registra todos los títulos aubianos citados en el epistolario. No obstante, conforme crece su producción literaria aumenta la pena de Aub por la ignorancia de que es objeto su obra en la España franquista, ignorancia de cuyas dimensiones sólo tendrá cabal noticia cuando, tras treinta años de ausencia, visite la Península en 1969, de lo que también dan testimonio las cartas.

Aunque en diferentes forma y medida, ambos se enfrentan a la precariedad de las letras del exilio, aisladas de la institución literaria, separadas del público, ignoradas por la crítica y/o los pares, marginadas de las publicaciones. Sin embargo, este fenómeno inherente al exilio es subvertido a través del carteo, no sólo porque él incluya, en este caso, la circulación de libros y artículos —o sus copias—, sino fundamentalmente porque implica la lectura y la escritura recíprocas. Las epístolas cruzadas ilustran esta particular ocurrencia de la relación entre creación y crítica, en que una y otra se permiten sucedir por sendos caminos, si bien diferentes, cercanos, a un tiempo paralelos y coincidentes, mutua y fecundamente injeridos. Y esto no hace exclusiva referencia a las más o menos sabidas incursiones de uno y otro interlocutor en los dos terrenos de la escritura que subyacen en este caso a la más evidente, epistolar, a saber: la escritura crítica y la de creación. De sobra conocida es la destacada tarea de Max Aub como crítico, cuya valoración por los especialistas ha ido en aumento en los últimos años; menos

notos, en cambio, son los relatos debidos a la pluma de Ignacio Soldevila, de los que ahora ven la luz junto al epistolario, como una suerte de apéndice, dos: “La mentira” y “La crisis”.

Un episodio menor que acaso alcance a sugerir uno de los modos como se entretejen las tareas de uno y otro corresponsal gira en torno al *Diccionario Histórico* de la Real Academia Española. Enterado, por carta de Ignacio Soldevila, de la probable participación futura de éste como redactor especial en la académica obra, Max Aub le escribe:

Me parece muy bien que trabajes en el Diccionario y más si es en el histórico porque desde la primera entrega y a mi mayor sorpresa ando por ahí como autoridad de la lengua. Si es así, y tienes alguna dificultad para encontrar ejemplos de algunas palabras raras, me escribes y yo las incluiré en un libro sucesivo para que puedas recortarlo y pegarlo en la ficha... (Carta del 16-II-1970)

La sincera respuesta del crítico al amable ofrecimiento del escritor, encierra una cordial confesión: “No quiero desilusionarte, pero fui yo el que en 1955 entré a trabajar en el Diccionario de la Academia con mis Max Aub bajo el brazo, y convencí a Lapesa —en dos minutos— de que te incluyera en la nómina de autoridades” (carta del 8-III-1970). A veces, los envíos del crítico aportan materiales para la creación aubiana, tal como sucede con una carta fechada el 4 de marzo de 1971, donde Soldevila refiere su experiencia en España, en lo que va de su efímero regreso; dice Aub:

Me ha alegrado mucho tu carta del 4 de marzo. Tanto me interesó que la he metido casi íntegra —sin darte crédito alguno— en un cuento que había acabado minutos antes del llegar el correo. Como comprenderás te he fabricado un personaje y he modificado no pocos lugares y personas; pero en todo lo demás reconocerás tu estilo. Dime si estás de acuerdo. (Carta del 12-IV-1971)

En otras misivas, en cambio, los roles se invierten, mostrando a Aub como atento lector y crítico de los trabajos del filólogo, tal el caso de las correcciones, observaciones y sugerencias respecto del borrador de la tesis doctoral de Ignacio Soldevila, remitidas el 15 de abril de 1970, tesis que constituye la base del libro *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*, estudio fundamental y fundacional de la crítica aubiana cuya publicación por la editorial Gredos impulsó y ayudó el propio Aub a gestionar —según puede leerse en el epistolario—, en virtud de su vieja amistad con el poeta Dámaso Alonso, por entonces director de la prestigiosa colección Biblioteca Románica Hispánica de la mencionada casa editora.

Ejemplos como los anteriores conducen la lectura hacia una última observación; entre los muchos y muy complejos del epistolario, dos aspectos resultan particularmente interesantes. La pericia de Lluch con respecto a la historia de la edición y la crítica genética, echa luces sobre ambos, tanto en el estudio introductorio que facilita el acceso a los textos brindando un análisis integral del conjunto, como en la minuciosa anotación que repone datos de diversa índole (biográficos, históricos, geográficos, literarios, o atinentes al léxico). Los constantes intentos y negociaciones, esperanzas y especulaciones respecto de la publicación de las producciones de uno y otro corresponsal llenan las cartas —y, consecuentemente, las anotaciones que las acompañan— de los nombres de reconocidos editores como Salvador Azuela (Fondo de Cultura Económica), Joaquín Díez-Canedo (Fondo de Cultura Económica, Joaquín Mortiz), Gaetano Massa (Las Américas) y Arnaldo Orfila (Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI), entre otros, los cuales son recogidos en el útil índice onomástico que sobre el final del libro, reúne los nombres de las personas mencionadas tanto en las cartas como en las notas que las siguen.

A su vez, como señala Javier Lluch y puede advertirse ya en los casos referidos previamente, las páginas del epistolario entre el escritor y creador —y, como lo llamara el propio editor en otro trabajo, el “grafómano”— Max Aub, y el profesor e investigador Ignacio Soldevila, permiten al lector adentrarse en los respectivos talleres de escritura, aportando de este modo valiosísimos materiales para el estudio de la génesis de la producción literaria aubiana. Acaso un ejemplo significativo sea la apostilla en que Aub explica el proceso de escritura de un pasaje de su novela *Campo del Moro*, nota a partir de la cual el editor, experto genetista, pone en evidencia una particular ocurrencia del consabido carácter provisorio de todo texto. La explicación de Aub hace que Javier Lluch, quien llevó a cabo una edición pionera en la utilización de la crítica genética en España de la citada novela, haga patente que aún una edición de este tipo no es sino un borrador:

[...] No conocía esta carta cuando realicé la edición crítica de la novela, en OCMA III-A [*Obras completas de Max Aub*, vol. III-A. *Campo de sangre - Campo del Moro. El laberinto mágico* II. Ed. de Luis Llorens Marzo y Javier Lluch Prats, 2001], donde Togliatti

aparece en dicha reunión. Habrá que tomar nota, pues, para próximas ediciones del texto.
(p. 227n)

A modo de conclusión, podría decirse que el epistolario de Max Aub e Ignacio Soldevila constituye una contribución excepcional —tanto por las características del corpus como por la calidad de la edición— al conocimiento de la historia cultural de las Españas peregrina y solariega desde un momento central de la postguerra —también, por situarse en el medio del período dictatorial franquista—, del que, no obstante, aún resta mucho por saber; hasta, prácticamente, los umbrales de una transición actualmente sometida a una necesaria y debida relectura.

Federico Gerhardt